

des» de España en opinión de Sagasta. ¿Serán los españoles mismos los interesados en hundir su patria? Sabemos de muchos de ellos que la despreciaron. El mismo Cánovas pudo atestiguarlo al pronunciar su tremenda frase: «Son españoles... los que no pueden ser otra cosa...» Soldevila sabe matizar; por eso se nos aparecen humanos, por ejemplo, los avisados norteamericanos de Mac Kinley, lo mismo que los marinos sacrificados en Santiago de Cuba y los inconscientes que desde la Península ganaron batallas asistiendo a corridas de toros o funciones patrióticas. La esperanza, nunca abatida de los peninsulares, se cifrará pronto en el rey niño. Con él vendría la regeneración. Corresponde a Ferran Soldevila demostrar si la hubo o no, con la condición de adoptar, para el siglo nuestro, la misma perspectiva periférica que para los anteriores.

El término de este ya largo comentario reiterará los elogios que la parte gráfica de la obra merece. De la portada del tomo octavo, la que reproduce a todo color el cuadro de Jover y Sevilla del juramento de la Regente, a los grabados, dibujos y fotografías de la liquidación cubana, se sucede la más emotiva e impresionante galería de ilustración histórica.

R. OLIVAR BERTRAND.

CLAUDIO SÁNCHEZ-ALBORNOZ Y AURELIO VIÑAS, *Lecturas históricas españolas*. Segunda edición. 590 páginas. Colección Siliar. Editorial Taurus, Madrid, 1960.

He aquí una obra de historiadores. Si no escrita por ellos, por ellos compuesta con selección de textos en la que se pone de manifiesto un auténtico sentido de la Historia. Labor de maestros. Sus autores lo son. Y con esta antología lo demuestran una vez más. Hemos dicho «lo son»; pero desgraciadamente, refiriéndonos a uno de ellos — Aurelio Viñas —, hemos de cambiar el tiempo del verbo, transfiriéndolo al pasado, porque dejó de ser, en el sentido de existir.

Murió Aurelio Viñas poco antes de que viese la luz esta segunda edición de *Lecturas históricas españolas*, que en la primera — de 1929 —, se titulaba *Lecturas de Historia de España*. De su colaborador dice don Claudio Sánchez Albornoz en el prólogo de la nueva edición: «Me unía a él medio siglo de amistad. Desde los bancos de la Universidad hasta su trágica muerte hemos mantenido una fraterna relación. Alejados en el espacio, sobre todo desde que hube de cruzar el Atlántico en busca de libertad y de trabajo, nuestra identificación amistosa no sufrió jamás un solo bache. La simpatía y la cordialidad de Aurelio Viñas le dotaron de una caterva de amigos. Pocos le conocían como yo y pocos me conocían mejor que él. A más de la amistad nos unía nuestra común devoción por muchos temas de la historia de España

y un exaltado amor a nuestra España. Esa doble idéntica inclinación explican nuestras vidas y nuestras obras.

« Desde el golpe de Estado de Primo de Rivera, Aurelio se trasladó a París. Hubo allí de luchar para vivir, triunfó, llegó a ser Vicedirector del Instituto Hispánico y le llevó en peso más de una vez durante largos periodos. Las abrumadoras tareas del Instituto — han conducido al sepulcro de prisa a varios de sus directores franceses — le robaron muchas, muchas horas. Sus obligaciones docentes le movieron, diríamos mejor le forzaron a editar, en colaboración con Delpy, varias obras destinadas a la enseñanza del castellano a los franceses. Y, en contacto con los medios universitarios e intelectuales de Francia, sintió la necesidad de darles a conocer la historia española mediante cursillos, conferencias, charlas, ensayos, destinados no sólo a los cada vez más numerosos estudiantes de español de la Sorbona, sino a públicos muy varios. Pronto extendió Viñas su campo de enseñanza — llamémosle así — fuera de las fronteras de Francia, en Europa y América. Por todas partes llevó con dignidad el nombre de España ».

Los últimos conceptos podrían aplicarse igualmente al propio Sánchez-Albornoz. Los refiere él a su amigo Aurelio Viñas, y en este caso viene muy a propósito el aforismo latino según el cual el amigo es un otro yo. Lástima grande que Aurelio Viñas haya muerto sin dar cima a una obra que hubiese consagrado su nombre de historiador, por hallarse demasiado absorbido por una labor docente — lecciones, conferencias, etcétera — que le llevaba su tiempo. Por fortuna, Sánchez-Albornoz, al margen de su dedicación a la docencia universitaria, en España y la Argentina, ha podido realizar una ingente obra de historiador, en libros, folletos y revistas, coronada por su reciente *España, un enigma histórico*. En ella, como en las miles de páginas que suponen los títulos recogidos en el folleto bibliográfico editado por sus alumnos en 1957, para rendirle así homenaje con ocasión de sus cuarenta años de docencia universitaria, están presentes su pasión por España, por la Historia y por la Verdad. Virtudes que se manifiestan igualmente en estas *Lecturas históricas españolas*, antología compuesta en colaboración con Aurelio Viñas.

El concepto historiográfico de Sánchez-Albornoz, aparte su dominio de la materia, puede apreciarse en esta selección de textos, que son como células vivas en la historia de España. Los estudiosos, los estudiantes, e incluso el curioso lector, encontrarán en estas « Lecturas » el material del que se desprende la interpretación histórica de Sánchez-Albornoz en lo referente a su patria. Y aún nos aventuraríamos a decir que algunos de los textos de esta antología vienen en apoyo de su tesis, que contradice la de Americo Castro. Los que inician el volumen, los referidos a hechos y personajes anteriores a la invasión árabe; los que corresponden a Appiano Alejandrino, a Plutarco, y a Estrabón, sobre Sertorio, Numancia y las costumbres de los montañeses del norte de España, y en los que pueden apreciarse formas hispanas de vida

con anterioridad a la invasión árabe: piezas esenciales en el proceso histórico del que fueron surgiendo España y los españoles.

Abarca la antología desde los días anteriores a nuestra Era, en que la Roma casi omnipotente experimenta los desastres que le origina la resistencia española, hasta que pierde España sus últimos dominios coloniales a fines del siglo XIX. Y su mérito mayor radica sin duda en los textos escogidos, lo que supone un conocimiento completísimo del tema y un tacto magistral en la selección de los fragmentos que integran esta antología. Han elegido Sánchez-Albornoz y Aurelio Viñas aquello que mejor pudiera más que ilustrar, iluminar cada momento histórico, y alternan en sus páginas « fragmentos de crónicas, historias, diarios, cartas, memorias, documentos que por esta misma diversidad rompen el viejo molde analítico, condenado fatalmente a dar sólo la visión oficinosa y oficial de la vida española », según palabras de sus autores. Efectivamente, la visión que ofrece esta antología al lector es mucho más amplia y más profunda, con un sentido vital y humano,

Libro erudito y ameno el de estas *Lecturas históricas españolas*. Porque si bien sus textos han sido elegidos primordialmente por su interés y su importancia, como fuentes de la Historia en las que se encuentra lo esencial de cada época, sus colectores han procurado que esos textos no estuviesen desposeídos de interés literario, de cierta gracia o encanto que hiciese grata su lectura. Pero hemos de insistir en que Sánchez-Albornoz y Aurelio Viñas han atendido, sobre todo, a que su antología contribuya a explicarnos, para decirlo con palabras de don Ramón Menéndez Pidal, « las cimas y las depresiones en la curva histórica del pueblo español ». Lo que quiere decir que es obra de verdaderos maestros, por la excelencia de su logro.

VALENTÍN DE PEDRO.